

**Un relato escrito por Gonzalo Rodas Sarmiento, perteneciente al libro "La iglesia niña".**

### **Simón el cananista**

Hace tiempo fui apodado "cananista", que es lo mismo que decir "zelote". Así, me diferenciaban de mi padre, a quien le decían "zelote" porque tenía ideas revolucionarias, aunque nunca perteneció a ese movimiento.

También a mí me consideran revolucionario, pero soy bastante pacífico. No por otro motivo seguí a mi amigo Jesús, desde que éramos niños en Nazaret. Y hasta su muerte, e incluso después, durante todos estos años.

He viajado por importantes ciudades, llevando la palabra de Cristo. Hasta que se me ocurrió venir a Babilonia. O más bien dicho, lo que queda de ella. No pensaba estar acá más que unas pocas semanas, pero las cosas se complicaron. Al llegar, asistí a un encuentro de judíos seguidores de Cristo, en una sinagoga. Me admitieron porque también tengo origen judío. Cuando dije que fui discípulo de Jesús, muy cercano a él, me miraron incrédulos. No me creyeron, en absoluto.

En esa oportunidad, no vi ningún gentil escuchando afuera de la sinagoga, como es costumbre en casi todas las ciudades. Al poco rato entendí por qué ese desaire. Me bastó oír unas pocas palabras de la homilía para darme cuenta de que estaba metido en un encuentro de una secta tradicionalista.

Se hablaban algunas cosas extrañas, reñidas con las enseñanzas de Jesús. Todos daban por sentado que Cristo había llegado a ser un sumo sacerdote, y que obtuvo el perdón de los pecados de toda la gente. Y eso, por medio del sacrificio, siendo él mismo la víctima, como un chivo de expiación.

En el fondo, lo que ellos quieren es adaptar la historia de Jesús a una tradición antigua. Justamente la que Jesús vino a reemplazar porque ya dejó de tener sentido.

-Se ofreció a sí mismo en sacrificio, una sola vez y para siempre -dijo el que dirigía.

Casi me caí de la silla, pues quedé espantado... Pero, si yo que estuve al lado de Jesús por años, siempre supe que él decía que Dios no necesita, ni siquiera sacrificio de animales como expiación. Y menos un sacrificio humano. Si esto es... sencillamente diabólico.

-No hay perdón de pecados, si no hay derramamiento de sangre -continuó diciendo el tipo, y entonces me indigné a tal punto, que fui adelante a discutirle, argumentando lo que yo sabía, porque lo había aprendido directamente de Jesús.

-Si fueron los sumos sacerdotes los que entregaron a Jesús a la muerte... - casi grité- ¿cómo podéis decir que él mismo pueda haber sido sumo sacerdote?

Se armó una pequeña trifulca.

Duré un buen rato. Al principio, muchos se interesaron por lo que yo decía, pero el director se burlaba. Lo increpé tan duramente que entre todos me sacaron a golpes hacia afuera.

Quedé botado en la calle, sangrando y adolorido. "Sangre", pensé, y hasta me dio un poco de risa. Después de todo, no soy tan pacífico.

Por varios días me estuve recuperando en la humilde habitación que conseguí. Tuve una visita inesperada que me dio gran alegría. Judas Tadeo llegó hasta acá, porque se enteró del altercado que había ocurrido en la sinagoga, y averiguó donde se hospedaba el cristiano agredido. Aún no sabía que era yo.

-¡Tadeo! -exclamé, muy contento.

-¡Cananista! -me respondió y nos fundimos en un abrazo. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

-¿Qué haces por acá?

-¿Y tú, qué haces por acá?

Nos reímos y nos contamos nuestras aventuras. Y recordamos nuestro tiempo con Jesús. Y también nuestra infancia con él y con Jacob y con Simón, hermano de Tadeo.

Este encuentro con Tadeo fue fundamental para mí. Para toda la vida que aún me quede. Desde ese momento seguimos trabajando juntos en llevar el mensaje de Jesús a toda la gente.

Busqué una ocupación como tintorero, que es mi oficio, heredado de mi padre.

Después de unas semanas hubo una segunda incursión en la sinagoga. Ahí escuché este discurso:

-La muerte de Jesús es una derrota para el diablo. Por una sola vez y para siempre. El camino nuevo es el camino de vida que Jesús nos abrió a través del velo, es decir, a través de su propio cuerpo. Cristo es nuestro sumo sacerdote. El mejor y más grandioso, como lo fue Melquisedec.

Me sentí con derecho a interrumpir para aclarar ese punto:

-Jesús encontró sólo incomprensión entre los sumos sacerdotes. No fue uno de ellos. Por el contrario, Jesús fustigó a los mercaderes del templo, los que llevaban el negocio de los sumos sacerdotes.

-Lo que Jesús nos dijo fue que no hiciéramos sacrificios de animales -replicó el predicador-, nada de matar chivos y becerros para purificar a las personas. Cristo se ofreció a sí mismo para quitar el pecado. Es su sangre la que nos limpia.

-¿Estás hablando de sacrificio humano? -preguntó con énfasis Tadeo, volviendo a interrumpir, y se paró adelante-. Eso es quizás peor que sacrificar animales. ¿Para limpiar los pecados? Eso es el antiguo pacto. Justamente, Jesús vino a proponernos un nuevo pacto. Recuerdo muy bien cuando Jesús habló de un nuevo pacto. Dijo que así como el antiguo pacto era de muerte, el nuevo es de vida porque está fundado en el Espíritu de Dios.

-No sé de qué hablas -replicó el predicador, mientras el resto de la gente empezaba a alzar el murmullo.

-El nuevo pacto fue anunciado por Jeremías -continuó Tadeo-. El profeta dijo que sería un pacto distinto al de los antepasados. Esta vez, Dios pone su ley en el alma de las personas. Dios se da a conocer a todos, no sólo a los instruidos. Nos enseña a renacer como personas nuevas. A eso, algunos le llaman "limpiarnos de nuestra iniquidad".

-Cristo obtuvo el perdón de todos los pecados, por medio de la sangre que derramó -manifestó el orador.

-En cuanto a la sangre de Cristo -intervine, y me fui también hacia adelante-, él muchas veces nos dijo que la iba a derramar. Es que Jesús fue infinitamente fiel a

la misión que Dios le encargó. Y por eso estaba tan dispuesto. Él vino a dar un mensaje. Dijo que el reino de Dios está dentro de cada persona.

El tipo que predicaba se molestó conmigo por haber dicho eso, y empezó a cambiar un poco el tema.

-¿Recuerdas que los cuerpos sacrificados se quemaban fuera del campamento? -preguntó sin esperar respuesta-. Pues, así también Jesús murió fuera de la ciudad.

-Jesús nos pidió anunciar su mensaje -dije, volviendo al tema principal-. Su sangre como símbolo de pacto debe entenderse así. Más de alguna vez nos dijo que también nosotros tendríamos que estar dispuestos a morir por entregar el mensaje. A eso le llamó "beber su sangre".

Intenté explicar que el Maestro siempre usaba imágenes y símbolos en sus palabras, para que éstas pudieran ser comprendidas por la gente que venga dentro de muchos siglos más.

-Jesús -agregué- vino a cambiar nuestra manera de pensar... -Aceptad eso -completó Tadeo-. No tratéis de encasillar a Cristo en la ley antigua.

A esa altura, ya empezaron a increparnos. Sin embargo, me armé de fuerza y dije en voz alta:

-El vino nuevo se pone en odres nuevos, porque si no, éstos se romperían. Hay una renovación que tenéis que aprender, aceptar, integrar. No nos quedemos en el pasado.

-Cristo murió por nosotros, sí -dijo Tadeo-. Porque fue fiel hasta la muerte. Vino a entregar un mensaje, y no lo traicionó, sino que lo vivió. Y murió por darnos su enseñanza.

-Y resucitó -agregué-, para mostrarnos el renacer como personas nuevas. No tiremos eso a la basura. Lo que haga cada cual con el mensaje es una decisión libre... Pero, algún día tendréis que rendir cuenta.

Nuevamente salimos de ahí a los empujones, quedando muy magullados.

En cuanto nos repusimos, con Tadeo, unos días después, nos pusimos a predicar en las plazas. Ahí nos iba mejor. Así era nuestro discurso:

-Salvar es liberar. Jesús nos ha enseñado en qué forma podemos ser rescatados de la opresiva iniquidad, y ser liberados para vivir nuestra vida según los propósitos de Dios.

Teníamos buenas posibilidades para predicar en la plazas, y una excelente llegada, que contrastaba con la falta de acogida por parte de los judíos de la secta.

Sentí que era importante nuestra labor.

Hemos tenido muchos discípulos, entre ellos un escritor llamado Abdías. Lo nombramos presbítero de la comunidad que se estaba formando. Desempeña un excelente trabajo como pastor de la gente.

Así estuvimos durante algún tiempo, contentos con el desarrollo de las comunidades. No obstante, las cosas no iban del todo bien, pues a los pocos meses, las personas de la secta se relajaron en sus costumbres, pues consideraban que si los pecados están perdonados de antemano... ¿dónde está la ley?, lo que les interesa tanto... Empezaron a tener toda clase de malos comportamientos. No sé si se estaban dando cuenta de una fuerte contradicción en su manera de pensar.

Tadeo consideró que era el momento de volver a la sinagoga. A mi amigo le gusta escribir. Pasa horas enteras preparando cartas para las comunidades que él ha fundado en distintas partes de la región. Le escribe a los presbíteros que él ha dejado y al obispo que aquellos han elegido para coordinar las comunidades.

Esa vez, Tadeo me dijo que tendríamos que ir a la sinagoga a aclararles la situación. Hacia allá nos dirigimos cierto día.

-No nos han eliminado la antigua ley -hablé, cuando todavía no me empezaban a mirar mal-. Jesús no vino a permitirnos la mala conducta. Nos dijo claramente que no actuemos movidos por el miedo, sino por el amor. Eso es lo nuevo que ha pasado con la ley.

-Sois como nubes sin agua, o árboles que no dan fruto -los reprendió Tadeo. La asamblea fue pasando de los murmullos a los gritos.

-Sois como estrellas que han perdido el rumbo -continuó Tadeo.

En esa oportunidad no salimos golpeados, sino sólo repudiados de palabra. Semanas después vino eso del castigo. Sí. En la secta hablaban de un castigo didáctico. Bueno, es cierto que con ese calificativo el asunto del castigo pasa bien. Sin embargo, han tenido que contradecir todo lo que afirmaban antes. En el fondo, estaban reconociendo su error. Pero, se han ido al otro extremo, por salirse con tanto ímpetu.

Traté de hacérselos ver:

-¿Qué tanto hay con eso del infierno? ¿De dónde habéis sacado esa enseñanza?

Siempre que intervine, al principio me acogieron bien, y después ya no tanto hasta llegar al franco repudio.

A veces yo defendía a Tadeo, otras veces, él a mí.

En la pelea de ayer, resultamos muy maltrechos. Hasta los funcionarios de gobierno tuvieron que intervenir en favor nuestro.

Y seguiremos firmes en la lucha...